

Aún no sé el contenido de ella y ya me está royendo el gusanillo de la envidia.

De esta meditación, la sacó la presencia de Marta que apareció trayendo la carta que acababa de recibir y de seguro que no la cambiarían por todo el oro del mundo.

—¿Es para tí?—interrogó Rosario llena de curiosidad.

—Sí, pero no sé de quien es.

—Destápala, y si te estorbo...

—No, no es eso; es... que quisiera conservarla sin tocarla para tener una esperanza.

—Entonces, como dijo el poeta:

«Con esta esperanza vivo
de esperar desesperado.»

—¡Eal pues,—dijo Marta rompiendo el sobre y leyendo con avidez la firma. Su corazón latía aceleradamente; sus ojos se nublaron y sus piernas se vagaron a sostenerla cayendo pesadamente sobre su silla.

—¿Qué te pasa, Marta, que te has puesto tan triste?

—Toma, dijo Marta alargando la carta a Rosario. Ésta, después de leer la carta que satisfizo su curiosidad, dijo acariciando a su amiga:—Hasta tu prima, haciéndote presente su boda, te hace sufrir; paciencia ¡hemos nacido tan desgraciadas...!

El canario, que se mantuvo silencioso durante este episodio, dando mil piruetas, volvió a repetir sus trinos como diciendo:—No sufráis, ¿no veis que yo estoy preso y solo y aún canto...?

V. MALDONADO LÓPEZ

AMOR Y HEROISMO

Para mi buen amigo Pepe Baena, cariñosamente.

Ella era graciosa y angelical. En sus claras pupilas, de un azul purísimo, brillaba el candor; blanca azucena era su frente de alabastro; sus labios encendidos, rojas amapolas; su cutis fino y delicado te-

nía suavidad de seda y transparencia de nácar, y era su andar afoso y elegantísimo.

El la amaba. Su pasión era pura, ¡más que la nieve inmaculada que albea en las montañas! profunda e inmensa como el ancho mar que contra el arrecife se estrella. La amaba, y en su amor sufría.

También lloraba ella, y eran sus ardientes lágrimas como líquidas perlas de fuego que encendían el rostro angelical de la doncella...

Tenían que ocultar su amor, ¡su inmenso amor que no cabía en sus pechos lacerados! ¡Tenían que fingir! Mas, al cruzarse por la vida, sentíanse atraídos por magnético impulso, y se miraban, y eran sus miradas elocuentes un relámpago deslumbrador que surgía al encuentro, y eran, al separarse, una pena muy honda que lloraban enamorados.

Porque así lo quería el mundo. ¡Qué malo es el mundo!... Así lo demandaban los absurdos convencionalismos sociales, dique gigantesco, más fuerte que de mármol o granito, contra el que se estrella con lamentable frecuencia la corriente suave y serena de los más inefables y puros amores.

¡Sufrían!... ¡Pobres almas sin pecado, sin mancha alguna que las empañara!...

Meditaba ella en su alcoba... Sobre el rojo terciopelo de elegante reclinatorio apoyaba los codos la infeliz, y sus finas manos, blancas y perfumadas, las unía en súplica ferviente, y era agitado su casto seno por mortal congoja...

De súbito llegan a sus oídos gritos de angustia, voces de alarma, ayes lastimeros...

Desde el alféizar de su ventana mira a la calle, y un escalofrío de muerte recorre su núbil cuerpo...

¡Fuego en su casa! Lo dice la aturdida muchedumbre que alrededor se agita... ¡Lo ve ella en las potentes llamaradas que salen de la planta baja e incendian el espacio!...

Siente la desventurada un terror

indescriptible... Quiere huir y no puede... Túrbanse sus sentidos, y como sin vida, sobre la regia alfombra que cubre el pavimento.

Ya llegan imponentes las llamas —lenguas de fuego—donde duerme la beldad yacente... Su cuerpo escultural pronto va a ser pasto del incendio, cuando unos robustos brazos, ¡los de él!, piadosos la recogen con heroica valentía, ¡que es más potente el fuego que arde en el pecho del enamorado galán que aquel otro que convierte en ceniza muebles y tapices!

Y la muchedumbre aplaude, delirante, entusiasmada, ante el temerario arrojado del mancebo que aparece rodeado de llamas y llevando milagrosamente en sus brazos, con amor y respeto, el ídolo sagrado de su alma, del que ya no había de separarse jamás, porque ¡oh prodigio! el mundo, que era malo, se hace ahora bueno y sanciona, en una prolongada y unánime ovación, el tanto sentimental alumbrado por antorchas devastadoras en aquella horrible noche de incendio...

G. BAENA ALFÉREZ

Conferencia en el Teatro

Ante numeroso auditorio, el pasado día veintiocho dió su anunciada conferencia en el escenario del Teatro Español, de esta ciudad, Don Hermann Mayer, técnico de propaganda de la Sección Agronómica de la casa E. Merck, de Darmstadt, en Alemania.

La disertación fué dada y versó sobre los procedimientos más adecuados para matar ciertos parásitos de la parra, que atacan y pudren el fruto, recomendando el empleo de unos polvos arsenicales, producto de la antedicha Casa alemana.

El señor Mayer hizo proyectar también, en la pantalla del referido coliseo, una película bien documentada, dando a conocer los diferentes procedimientos que se emplean en el extranjero para el uso del específico que recomienda.

En suma: fué una conferencia de carácter práctico, que agitó bastante al numeroso público.